

PQ 6323

A1

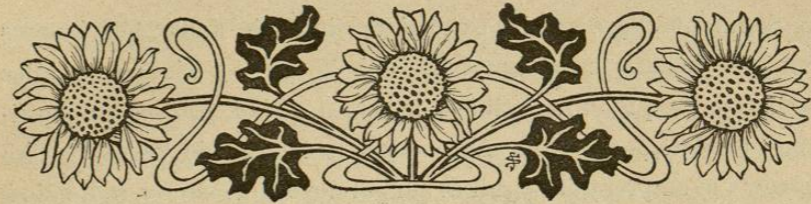
v. 2

1905

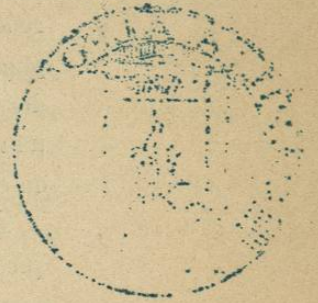


FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Derechos reservados



OBSERVACIONES GENERALES



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

I

GALLARDA y gentil producción, escrita durante largos años, en los que la fortuna no se cansaba de maltratar á su autor, el *Don Quijote* no es obra hecha, como si dijéramos, á la aventura, impensadamente, en horas de acalorada irreflexión; y si, al parecer, aquí ingenua, candorosa allí, sin pasos escabrosos en esotra parte, de fácil y amena lectura para todos cuando no se pasa de la sobrehoz de sus páginas, cuando sólo se mira por su lado cómico; es con todo eso un libro de alta inspiración, libro profundamente español á par que humano, libro que, sin encerrar un enigma como el de la esfinge griega, sin constituir un canto profético al modo del de la Sibila, ni misterio alguno como los que se guardan en el de los *Siete sellos*; necesita, sin embargo, de comentario, pues hasta la más elemental de las composiciones literarias lo pide; necesita de interpretación, de exegesis, en aquellos pasajes que de industria cubrió el artista con fino y delicado velo.

Mas (importa repetirlo en todas las formas) no se trata de descifrar extraños simbolismos, de hacer patentes cosas arcanas, de navegar por mares desconocidos en solicitud de secretas y malignas intenciones: se aspira únicamente, si el acierto nos acompaña, á que se junten y vuelvan á los halagos de la vida, como con más alto sentido dijo el profeta bíblico, huesos insepultos aún.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, N.M.

010277

Se intenta, para que los extranjeros dejen de andar por ásperos caminos, declararles la significación de vocablos y giros para ellos punto menos que ininteligibles, de rara novedad, con ser muy antiguos, para no pocos de los que hablan la lengua de Cervantes; se acomete la empresa de seguir al sin par novelista cuando, pidiendo á la historia de su tiempo un hecho y á la crónica local un nombre, se remonta á las cumbres del arte, y, en la aventura del *cuero muerto*, pongamos por caso, trae á la fantasía las batallas que la piedad de dos insignes ciudades: Úbeda y Segovia, fué parte á que se librarán, una tras otra, en Roma, en la Andalucía, como se decía entonces, y en el viejo solar de Castilla, la muy noble.

Á cuantos conozcan el aparato de introducción, variantes y notas que el rigor de la severa y descontentadiza crítica exigió á sus respectivos autores en trabajos análogos, no han de sorprender, ciertamente, estas observaciones.

La nuestra, con más fundamento acaso que obra alguna, pide amplio comentario. Es un libro engendrado en una cárcel (1), allí donde la incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su mansión; un libro cuyo original se adquirió á vil precio por editor pirata, é impreso en días de forzosa ausencia, sin que el autor pudiera dirigir por sí mismo la edición, pues lo tardío de las comunicaciones y la urgencia en publicarlo no consentían, en modo alguno, el incesante peregrinar de las pruebas; obra augusta, sí, nuestro *Libro-Rey*, para decirlo con frase menos encomiástica que verdadera; pero, al fin, concebido en ambiente tan poco favorable á fructuosa labor de corrección, de pulcritud y atildamiento, que es fuerza no goce, en lo que mira á la pureza del texto, de la soberana autoridad que reciben esotros en los que su lección definitiva es fiel imagen, hasta en sus mínimas partes, del pensamiento de quien lo escribió: su cuna, Madrid: en los moldes del hoy famosísimo Juan de la Cuesta; su incomparable autor, nadie lo ignora: MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Ahora bien: la primera dificultad que se ofrece á quien trata de ejercer la acción popular, si vale la expresión, en el juicio que sobre la legitimidad de todas y cada una de sus partes se ha promovido en la república de las letras, es la de que no se conserva el pri-

(1) En la de Sevilla.

mitivo original, ni copia alguna, que sepamos, del codiciado manuscrito. Si lo poseyéramos como se poseen copias de *Rinconete y Cortadillo* y de *El celoso extremeño*, como se poseen originales y copias de todas las obras de Santa Teresa, por no citar más; entonces, cotejando, sílaba por sílaba, palabra por palabra, frase por frase, las tres ediciones de Cuesta con el borrador original de Cervantes, y parangonando, por analogía, con lo que se observa en las copias y originales últimamente citados, entonces, repetimos, fuera dado ver si el autor del *Ingenioso Hidalgo*, falto de paciencia para retocar, escribió, aun los períodos más brillantes, al correr de la pluma, ó si, aquí y allá, formó, borró, quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer, para descargo de su conciencia de artista, lo que sin esta labor fuera menos perfecto, por no llamarlo defectuoso.

No teniendo el autógrafo (decimos autógrafo porque, gloriándose, como se gloriaba, su gentil autor, de escribir primorosamente, se supone no necesitó de amanuense), ni teniendo, como no tenemos, para ladearla con la primitiva impresión, copia de ajena mano, y debiendo por esta parte reputarse, aquella en que se meció la cuna de la novela por excelencia, á modo (¡tantas son las discrepancias con sus hermanas!) de continuada variante; se hace forzoso deducir críticamente, de su valor comparativo, un texto racional y legible, sin que la realización de tan generoso propósito, acariciado por todos, pueda ni deba esperarse de momentánea y feliz inspiración, aunque viniese de la musa del acierto.

No es obra de un día, sino empresa de las más arduas; porque, aun ciéndonos á las ediciones hechas en nuestra patria (nadie osará decir en forma concreta y cerrada cuál sea su número), no existe una cuyo texto sirva de norte y guía, pues ésta, por torpeza é ignorancia de oscuros editores, es dechado de despropósitos; esotra, por la vanidad de los que, aspirando á la gala de correctores si es que no de coautores, no hicieron sino afearla con tal número de innovaciones que diríase obra de escritor moderno; aquélla, por haberse hecho en taller falto á la sazón de cuantos elementos debieron ser auxiliares en tan paciente labor, vino á convertir casi en estéril el empeño de su esclarecido artífice; y todas, en suma, por deficiencia, por audacia, por falta de medios, han sido parte á que á principios del siglo xx, después del III Centenario del *Quijote*, no tengamos todavía un texto que refleje aproximadamente el original de su autor.

Poniendo la consideración en los errados conceptos, y por ventura desatinos garrafales, que corren en la obra príncipe de nuestra literatura, el editor moderno ha de tener el valor de consignarlos en razonada nota, y luego, tras maduro examen, ir modificando el texto con los contados aciertos de los demás junto con las enmiendas del propio juicio y gusto, ejercitado siempre con la mira puesta en el *tenwis cautusque* tan solicitado por Horacio para otro género de novedades, las del lenguaje.

Pero viniendo al punto concreto, blanco de estas disquisiciones, se ha de consignar lo que sigue: Cervantes, con más razón que Lope (y á éste no le faltaba), pudo decir, desde el instante en que echó á los vientos de la publicidad su *Don Quijote*, que se le había desacreditado á los ojos de doctos é indoctos, como le desacreditan hoy muchos de los que, hasta en ediciones lujosas, ofrecen un texto viciado y sumamente imperfecto.

Ciertamente, el primer editor y el primer impresor, Robles y Cuesta (que á entrambos es justo envuelva una misma censura), se acreditaron de ligeros, de precipitados, de gente sin escrúpulos, más atenta al lucro que al decoro profesional.

No cabe duda: en la obra que, por la fama de su autor, les ha granjeado eterno nombre, hierven las erratas (1), reina la confusión, y, son tantos los pasajes mendosos, que el lector anda como perdido en lo que mira á la inteligencia de no pocos conceptos.

Vengamos á las pruebas, por lo que toca á las páginas del presente volumen.

(1) En la introducción al tercer tomo de esta primera parte, se hará patente esta afirmación.

II

UNA PALABRA DEL CAPÍTULO XVI

Traídas por la necesidad son (así lo entendemos) algunas de las variantes resueltamente adoptadas aquí, por más que hayan gozado y gocen aún de autoridad en textos muy respetables en otro concepto, en el de la Academia pongamos por caso.

Ahora bien: para restablecer en su primitiva pureza una sola palabra, para que no prevalezca la *airosa salida* de que se cometió errata donde en verdad hubo acierto, hemos creído apoyar nuestra decisión con razonado argumento.

Por más de dos siglos se leyó invariablemente:

«...Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan *minimas y rateras*, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente que apenas nos llegan á los labios...» — (Cap. 16, pág. 33.)

Creyó Navarrete, y la docta Corporación asintió á ello, que *rateras* había de tenerse por evidente yerro de imprenta; siguió Clemencín este dictamen; y alguien, deslumbrado por el prestigio de una y otra autoridad, osó decir que en esta parte era intangible el texto académico.

Pero nosotros, sin vacilar ni un punto, creyendo andar con paso firme, adoptamos la lección recibida hasta 1819. Á ello nos mueve el siguiente razonamiento, que apetecemos no fatigue á quien guste leerlo.

Furtivamente (digámoslo así, ya que la innovación se hizo sin dar cuenta al lector), Navarrete, con ligereza impropia en tan benemérito cervantista, substituyó la voz *rateras* por la de *raras*. Siguiéronle Clemencín, Rivadeneyra, Gaspar y Roig y otros, sin explicar el fundamento de tal novedad. No se conformó con ella Hartzenbusch; y Fitzmaurice-Kelly, con todo y ser extranjero, califica la enmienda, muy acertadamente, de *dañosa*, pero no lo prueba.